

CONFERENCIA SOBRE IRAK Y AFGANISTAN

Por Gervasio Sánchez

“No tiene objeto revivir errores del pasado a menos que iluminen el presente”. Esta frase de la escritora Doris Lessing es ideal como punto de partida para analizar la situación que vive Irak quince meses después de su invasión por el ejército más poderoso del mundo. Porque sólo pasando revista a la sucesión de errores cometidos desde que la maquinaria militar empezó a rugir la madrugada del 20 de marzo de 2003 se comprende el peligroso tobogán de caos y desconcierto en que está inmerso el país asiático.

Los errores que iluminan el presente comenzaron a sucederse pocas horas después cuando sólo algunas estatuas y retratos de Husein habían sido derribadas o acribillados a balazos. Todo empezó a torcerse, y aquí ya podemos incluir la primera mueca de odio contra el invasor, cuando se permitió el saqueo del primer ministerio, el hospital de la esquina o la casa del vecino. Por razones nunca explicadas, los soldados estadounidenses fueron incapaces de ejercer de verdadero ejército de liberación y se mantuvieron pasivos ante la espiral de asaltos que amargaron las siguientes setenta y dos horas.

Los soldados estadounidenses quizá quisieron darle la razón al filósofo alemán Georg W.F. Hegel cuando escribió que “la historia avanza siempre por el mal camino”. Porque esos tres días fueron suficientes para que Irak penetrase en su nuevo periodo histórico de forma irremediamente turbulenta. Bush y sus jefes desperdiciaron la gran ocasión de permitir que la historia avanzase, por una vez, por el buen camino. Los iraquíes hubiesen perdonado las mentiras patológicas del presidente estadounidense porque, para muchos, el verdadero peligro, la arma más letal para su supervivencia, era el propio Sadam Husein.

Reestructurando las fuerzas armadas y policiales iraquíes, certificando el funcionamiento del Estado, manteniendo a los trabajadores en sus puestos laborales y pagando sus salarios, garantizando el suministro de agua y

electricidad, mostrando un calendario claro y honesto para el futuro. Por este buen camino, Estados Unidos se hubiese asegurado el apoyo de la mayoría de la población. Pero por el mal camino, se arriesga a una paz imposible y ya ha conseguido que la impopularidad de su gobierno sea mayor que nunca.

Para colmo, la guerra de Irak puede costarle la reelección de Bush en noviembre igual que se ha convertido en el factor decisivo que explica el espectacular varapalo electoral del Partido Popular en nuestro país. Los expertos estadounidenses afirman que la política exterior de Estados Unidos no suele variar en los años electorales. Pero por desgracia, como apuntaba recientemente el historiador Walter Laqueur, “el resto del mundo no siempre está dispuesto a aplazar guerras y crisis sólo porque Estados Unidos se halle en campaña electoral”.

Mientras Estados Unidos se mantiene atrapado entre su deseo de acelerar el proceso de transición aun a costa de que sea peor el remedio que la enfermedad (unas elecciones sin garantías podrían provocar una espiral de violencia de consecuencias impredecibles) y la posibilidad de que el país se convierta en una trampa parecida a Vietnam, el fantasma de la balcanización, la libanización o simple y llanamente la guerra civil comienza a planear sobre territorio iraquí con la misma perseverancia que el vuelo de las aves carroñeras ante los despojos.

La resistencia mantiene sus ataques contra las fuerzas ocupantes, algo que sería imposible si sólo estuviese formada por pequeños grupúsculos de fanáticos del régimen anterior o terroristas en búsqueda de un puesto en el paraíso.

Algunos expertos aseguran que el apoyo popular a la resistencia aumenta cada día, lo que actualiza, como recordaba Ignacio Ramonet, el director de *Le Monde Diplomatique*, aquella vieja reflexión de T.E. Lawrence: “Una rebelión puede ser llevada a cabo por un 2% de ejecutores activos y un 98% de simpatizantes pasivos”.

Leer con el beneplácito que da el transcurso del tiempo las declaraciones políticas y los informes especializados sobre las supuestas armas destrucción masiva causan una profunda desazón y permiten llegar a

una clara conclusión: primero se tomó la decisión de ir a la guerra en Irak y luego se fabricó la nebulosa de mentiras que la argumentaba.

Bush aprobó la guerra contra Irak en agosto de 2002, según un informe clasificado del Departamento de Defensa, ochos meses antes del inicio de los bombardeos y seis meses antes de que solicitara al Consejo de Seguridad de la ONU la aprobación de una resolución que diera legalidad internacional a la guerra y que nunca consiguió.

La fábrica de mentiras se puso a trabajar a destajo a partir de esa fecha. Durante el discurso del Estado de la Unión del 28 de enero de 2003, Bush dejó escapar una frase que no pasó desapercibida: “El gobierno británico ha sabido que Sadam Husein ha intentado comprar recientemente cantidades significativas de uranio en África”. Lo más grave es que Bush ya sabía que se trataba de una “historia irreal” basada en documentos falsificados, tal como la describió el enviado especial de la CIA, el diplomático Joseph Wilson, que visitó Níger casi un año antes.

Un mes más tarde, en pleno debate en la ONU, el Departamento de Estado afirmaba que Irak escondía “26.000 litros de ántrax, 38.000 litros de toxinas de botulismo, 1,5 toneladas del gas nervioso VX, 1.000 toneladas de gas nervioso, 550 proyectiles cargados con gas mostaza”.

Por supuesto, la prensa de todo el mundo, liderada por los diarios estadounidenses, vomitaron grandes reportajes sobre las consecuencias del uso indiscriminado del arsenal, que para más inri, se podían desplegar en sólo 45 minutos.

También se habló de laboratorios móviles para fabricar armas químicas, misiles balísticos Scud y, por supuesto, de los vínculos de Sadam con Osama Bin Laden, el otro demonio del panteón terrorista, cuando en realidad ambos genios del terror se odiaban a muerte. Tal como ha demostrado la comisión de investigación de Estados Unidos nunca hubo una vinculación entre ambos criminales.

Lo que es un hecho, nunca tenido en cuenta por los líderes de la coalición favorable a la guerra, es que el régimen de Sadam Husein quedó muy debilitado después de la guerra de 1991. Que el programa de desarme

aprobado por la resolución 687 del Consejo de Seguridad en abril de 1991 consiguió identificar y destruir las armas químicas, biológicas y los misiles balísticos y de alcance superior a los 150 kilómetros antes de 1996 y desmantelar el principal complejo preparado para fabricar nuevas armas de destrucción masiva. Que si hubiera continuado con su trabajo durante el 2003 es seguro que hubiesen llegado a una única conclusión: que Sadam Husein carecía de la tecnología necesaria para rearmarse y que había dejado de ser una amenaza para el mundo aunque seguía siendo una amenaza de destrucción masiva para su propio pueblo.

Igual que, no lo olvidemos, durante la década de los ochenta cuando asesinó impunemente a centenares de miles de compatriotas opositores mientras Estados Unidos y la potencias occidentales miraban a otro lado en todo lo relacionado con las violaciones sistemáticas de los derechos humanos y negociaban exquisitos contratos armamentísticos y nucleares con su régimen de criminales.

Impasible ante los acontecimientos sangrientos de los últimos años, la ONU suele emitir sus informes más serios o sus mea culpa con meses o años de retraso. Puede que tenga que ver con la burocracia, pero parece improcedente que un organismo tan decisivo y poblado con más de sesenta mil funcionarios en todo el mundo, llegue tarde a todos los sitios.

Pasó con Srebrenica en 1995 cuando no fue capaz de enfrentarse a los asesinos y evitar una masacre de 7.000 bosnios. Fue el colofón sangriento de una intervención defectuosa desde que comenzó aquella guerra tres años antes. Ocurrió en Ruanda en 1994 cuando los machetes provocaron un nuevo genocidio. Pasó en Somalia, Afganistán, Angola, Camboya. La lista es tan interminable como los sobresueldos y las pensiones de sus altos funcionarios.

Ha pasado en Irak. En los últimos meses están apareciendo informes y declaraciones contundentes arrojadas con tanta seguridad a la plaza pública que pone los pelos de punta. La Comisión de las Naciones Unidas de Vigilancia, Verificación e Inspección (Unmovic) anunció el pasado dos de marzo que “las auténticas armas de destrucción masiva iraquíes fueron neutralizadas entre 1991 y 1993”. Aún más, a partir de 1994 ya no se

destruyeron nuevos arsenales iraquíes porque no los había. Estamos hablando de nueve años antes de comenzar la última guerra en Irak.

Esta rotundidad brilló por su ausencia hace un año y medio cuando se producía en el Consejo de Seguridad el enfrentamiento diplomático entre los partidarios y los opositores a la guerra. Cuando el tiempo para evitarla se agotaba, la ONU mantuvo su flema diplomática y su secretario general, en medio del rifirrafe entre los dos grupos divididos, no fue capaz de asumir su responsabilidad.

Entre 1992 y 1994, “se destruyeron 38.537 municiones químicas cargadas y no cargadas, 690 toneladas de agentes de guerra química, más de 3.000 toneladas de precursores y más de 100 equipos de producción de este tipo de armas”.

A partir de esa fecha, los inspectores, que continuaron en el país hasta 1998, no se toparon con una cantidad significativa de armas. A su regreso en noviembre de 2002, tras cuatro años de expulsión de la misión de la ONU por orden de Sadam Husein, tampoco encontraron “indicios del desarrollo ni de la producción actual o reciente de municiones prohibidas” en las más de 90 inspecciones realizadas hasta el 17 de marzo de 2003, tres días antes del estallido del conflicto.

También sorprende las declaraciones actuales de Hans Blix, el diplomático sueco que ejerció como inspector jefe de Unmovic. “No hallamos ni rastro de las armas de destrucción masiva después de casi 100 inspecciones y Estados Unidos minó la credibilidad de los inspectores de la ONU”, ha dicho en distintas entrevistas y, además, ha acusado veladamente al primer ministro británico Tony Blair de echarse en los brazos de los estadounidenses cuando no consiguió convencerlos de que aceptasen una moratoria hasta el 15 de abril de 2003, que hubiese permitido ganar algunas semanas de tiempo, continuar con las inspecciones contrarreloj y quizá evitar la guerra.

Pero las declaraciones de Blix ante el Consejo de Seguridad en marzo de 2003 fueron mucho más tibias. En ocasiones, su ambigüedad, sus “sí pero no”, debilitaron su exposición como experto en armamento, dejando abiertas

algunas compuertas por las que se colaron las mentiras de los estadounidenses y sus aliados.

A aquel informe le faltó la contundencia, quizá la sal y la pimienta, de las declaraciones de ahora. Hubiese sido trascendental, por muy diplomático que fuera, que denunciase sin cortapisas las presiones que sufrió junto a Mohamed El Baradei , el director general de la Asociación Internacional de la Energía Atómica, por parte de los gobernantes estadounidenses y británicos, y no esperar a publicar un libro, “Desarmando a Irak”, un año después para sacarle los colores a los colonialistas que asaltaron Irak con el objetivo de controlar sus materias primas.

La actitud de Kofi Annan , uno de los secretarios generales más pusilánimes, a quien se suele acusar de ser una marioneta de Estados Unidos, fue similar a la de los avestruces cuando se sienten acosados. Su última decisión, quizá regada por la impotencia, fue retirar a los observadores militares de la ONU encargados de vigilar la zona desmilitarizada entre Kuwait y Irak. Horas después, los soldados estadounidenses cortaban las alambradas y daban la orden de salida de sus unidades blindadas. Annan entró en un mutismo que duró más de un mes.

Un secretario general de la ONU tiene la obligación de arriesgarse cuando está a punto de producirse una catástrofe bélica. Para eso le pagan un salario oneroso, sorprendentemente oneroso: casi 400.000 dólares (320.000 euros) al año, además de mansión gratis. Y cuando deje el puesto seguirá cobrando una pensión vitalicia de más de 100.000 euros. Con un salario así no hace falta ser un valiente para gritar las verdades al resto del mundo.

A la ONU le suele ocurrir lo mismo que a esos ciudadanos con oscuras ambiciones que se cambian de camisa de la noche a la mañana cuando se produce un vuelco electoral. Siempre navega hacia donde le lleva la corriente de los más poderosos y cuando es descubierta infragante, violando sus propias leyes morales, da un golpe de timón en un intento de adecentar su fachada y presentarse ante el mundo con el inmaculado traje de la dignidad. A los pocos meses, la anunciada regeneración se ha convertido en una cacareada estafa y todo sigue igual.

Predecir el desastre actual en Irak, por mucho que la Autoridad Provisional celebre cualquier mínimo acuerdo como si fuera la panacea, era casi imposible. Nadie, en sus cabales, podía suponer que el único gran imperio que ha visto nacer el siglo XXI, capaz de lanzar a la guerra a centenares de miles de soldados con las armas más sofisticadas, no tenía un mínimo plan de actuación en Irak, si es que era cierto que buscaba el beneficio de los iraquíes, para el día después del triunfo militar.

Cuando faltan menos de 10 días para que se produzca la transmisión de la soberanía a un gobierno provisional iraquí elegido a dedo, las cifras son trágicamente rotundas: Estados Unidos, como recordaba recientemente el analista William R. Polk, ha tenido más víctimas en los últimos meses que en los tres primeros años de intervención en Vietnam. Más de seiscientos muertos en combate y más de tres mil heridos graves a los que hay que añadir un centenar de británicos, italianos, españoles, búlgaros, etc.

Cuando grupos de milicianos comenzaron a atacar a las patrullas militares en mayo de 2003, los portavoces estadounidenses minimizaron los hechos de guerra y escondieron los datos. Hasta el verano, era difícil calcular cuántas emboscadas sufrían sus unidades ya que sólo se informaba de aquellas en las que había víctimas mortales. Pero pronto comenzaron a definir a los atacantes como terroristas extranjeros o fanáticos vinculados al régimen anterior, el mismo lenguaje usado en Vietnam o en Argelia por los franceses, obviando que para muchos jóvenes, incluso aquellos que se habían opuesto con todas sus fuerzas al dictador derrocado, la actuación de sus soldados parecía un calco de cualquier ejército colonialista.

La imagen más brutal de la ocupación se podía ver diariamente en los meses de julio y agosto, bajo temperaturas extremas que superaban los 50 grados a la sombra, en aquellos lugares donde decenas de miles de ex militares del ejército iraquí, incluidos generales que habían sufrido años como prisioneros de guerra en la vecina Irán, esperaban cobrar sus salarios de miseria después de largas jornadas de espera. Anñados soldados estadounidenses muy mal educados forzaban a los iraquíes a guardar las filas, golpeándolos con largas varas. Todos, sin excepción, desde los más adictos al

régimen genocida hasta los más críticos, se sentían humillados por aquel comportamiento vergonzoso y, sin duda, gratuito.

De la misma manera que el hijo de un desaparecido chileno pasó a formar parte del grupo armado que disparó contra Augusto Pinochet, muchos de aquellos hombres humillados comenzaron a simpatizar con la resistencia y algunos pasaron a formar parte de ella.

Estados Unidos tuvo una gran ventaja en Irak que desaprovechó a las pocas horas de conquistar Bagdad con su patética actitud ante los saqueos generalizados. Mientras el mundo se oponía a la invasión, la mayoría de los iraquíes estaban a favor de ella. Querían deshacerse a cualquier precio de Sadam Husein y estaban dispuestos a hacer sacrificios, pagando un precio en vidas. Fue un error magistral creer que aquella dulce pasividad de las primeras semanas tenía algo que ver con la sumisión.

Ninguna resistencia nace de manera espontánea. Y sobre todo ningún grupo armado consigue golpear con contundencia sino tiene apoyo popular. La prepotencia con que actúan los soldados ocupantes de Estados Unidos, diametralmente opuesta a la de la mayoría de los contingentes extranjeros, incluido el español, que ha formado la División multinacional, ha accionado la repulsa de muchos jóvenes iraquíes. Añadamos el descontento por la falta de perspectivas laborales y ya tenemos a miles de jóvenes dispuestos a entretenerse disparando con el fusil o el lanzagranadas que tienen guardado en el armario o pueden comprar en el mercado negro a precios de saldo. Sólo una guerrilla con autonomía, movilidad y protegida o camuflada entre la población civil es capaz de lanzar decenas de ataques diarios durante meses contra las fuerzas de ocupación y los nuevos batallones de policía local recién creados.

Tampoco debería extrañar a Estados Unidos que miles de combatientes extranjeros acudan a Irak para dirimir la batalla de todas las batallas. Difícilmente, pueden escoger un terreno más amplio, repleto de escenarios para el combate al aire libre o la pura emboscada como el que les ofrece un país de las dimensiones de Irak. No debería extrañar a Estados Unidos porque “el efecto llamada” lo inventaron sus servicios de inteligencia hace poco más de dos décadas en Afganistán.

Siempre ha habido combatientes internacionalistas que han acudido a determinados conflictos armados con el objetivo de involucrarse ideológicamente. Ocurrió en la España de los treinta, en la Centroamérica de los ochenta, en la Bosnia o Chechenia de los noventa.

Pero pocas veces la llamada tuvo tanto efecto como en Afganistán. Decenas de miles de voluntarios árabes acudieron en tromba al país asiático para servir como mercenarios. Hubo un tiempo, no tan lejano por mucho que se ofusque la memoria, que los soldados de Alá hicieron muy buenas migas con Estados Unidos.

El hermanamiento entre los barbudos islámicos y los agentes de la CIA era tan estrecho que éstos iban “empotrados” en las brigadas islámicas que luchaban por liberar a su país de los invasores soviéticos. Cuanto más radical e intransigente fuese la unidad “muyahidin”, más atenciones y dinero recibían de los adiestradores y financiadores estadounidenses. En aquellos años, se les llamaban “luchadores por la libertad” y nadie ponía en duda que sus ataques más brutales, incluso los realizados por kamikazes, tenían como objetivo una causa suprema. Hasta Hollywood exaltó su imagen, humanizándolos y convirtiéndolos en compañeros de viaje de Rambo, el héroe por antonomasia de las pantallas.

La complaciente relación entre Estados Unidos y los grupos radicales tiene mucho que ver con el posterior desastre de Afganistán, un país emparentado con la guerra desde hace un cuarto de siglo, y es casi seguro que criminales como Osama bin Laden no existirían hoy si simplemente se hubiera combatido a la Unión Soviética con el honor del guerrero y no con la subversión de todos los principios éticos y morales.

Aquellos “libertadores” internacionalistas son hoy terroristas globales que utilizan cualquier excusa para golpear a quien consideran enemigo, independientemente de si se trata de un simple turista o un trabajador, y se multiplican a la sombra de Al Qaeda, el banderín de enganche de decenas o centenares de grupos que se extienden por más de 40 países a lo largo de todo el mundo.

El soldado de Alá combate hoy con la misma agresividad que hace dos décadas y su ideal es equidistante. Buscaba el paraíso luchando contra el demonio soviético en Afganistán con la misma insidia que combate al cruzado estadounidense en Irak. Y utiliza métodos parecidos, pero igual de condenables. El lenguaje pervertido es quien impone verlo como un héroe allí y como un terrorista aquí.

En una secuencia de fotografías y bajo el titular “Los pactos internacionales que marcaron su mandato”, hemos visto en un semanario a Sadam Husein con el francés Jacques Chirac en 1974, con el estadounidense Donald Rumsfeld en 1983, con Willy Brandt en 1990. Las reuniones con los líderes de las potencias occidentales tenían como objeto firmar acuerdos económicos o estratégicos privilegiados. En el cajón del olvido quedaban ocultos los centenares de miles de muertos y desaparecidos que aquel régimen inmisericorde había provocado sin que ninguna potencia se hubiese opuesto.

La historia está llena de agujeros que los poderosos intentan tapar con justificaciones o mentiras mientras los ciudadanos pagan las consecuencias. Si hay miles de soldados de Alá en Irak es porque no hace mucho la potencia más poderosa del mundo permitió el nacimiento de una Internacional fundamentalista y radical que le sirviese para defender sus intereses estratégicos.

Que amamantó durante años y permitió escrupulosamente su crecimiento hasta convertirse en un movimiento incontrolable. La usó y la quiso tirar a la basura cuando ya no era necesaria, pero olvidó que un grupo que nació por razones incongruentes con los principios básicos de nuestras sociedades democráticas no se vuelve desechable de la noche a la mañana.

Hagamos memoria. Afganistán pasó al fichero principal de las grandes potencias la víspera del fin de año de 1979 cuando la Unión Soviética invadió ese bellissimo país y provocó el éxodo de millones de afganos. Estados Unidos, el frente antisoviético y todos los traficantes de armas del mundo, entre los que podemos incluir a varios gobiernos occidentales, convirtieron a tribus dispersas en la más potente guerrilla del mundo. Quizá por tratarse de la última gran batalla de la Guerra Fría, la resistencia armada, formada por innumerables

grupos fundamentalistas cuyos líderes se odiaban, fue premiada con miles de millones de dólares y armas de gran calibre.

Los soviéticos destruyeron la mayor parte de las infraestructuras, arrasaron decenas de miles de pequeñas aldeas donde vivía el 80% de la población. Aprovechando la coyuntura, aparecieron en el escenario varios países vecinos cuyo apetito histórico nunca tuvo límites. El dictador de Pakistán de la época, el general Zia Ul Haq, distribuyó la ayuda americana y saudí a los divesos grupos islámicos, premiado onerosamente a la fracción más radical de la mayoría pastún: la que dirigió un criminal radical llamado Gulbuldin Hekmatyar.

La propia Pakistán comenzó a sufrir la penetración del flujo islámico en su permeable sociedad, muy especialmente entre los jóvenes que comenzaron a creer lo que un analista definió como “la cultura del kalasnikov para desestabilizar el Pakistán urbano”. El gobierno pakistaní quería evitar que un gobierno pro India se situase en Kabul después de la retirada soviética.

Irán mantuvo un pulso con Pakistán por la hegemonía en la región durante aquella época y apoyó a los tajikos de Massoud, de religión suní pero de origen persa, y a los hazaras chiitas.

Los afganos nunca olvidarán la actitud de Estados Unidos a partir del 15 de febrero de 1989, fecha que supuso el fin de la ocupación soviética. Mientras los soviéticos salían de Afganistán de forma “sigilosa, como clientes que se fueran sin pagar”, tal como explicó un analista, el departamento de Estado estadounidense anunciaba su total desinterés por el futuro del país con estas palabras: “No tenemos un interés acuciante ya que no posee reservas de petróleo ni está localizado en el golfo Pérsico”.

Y, ¿qué le pasaba a aquel estado maltrecho?

Pues que caía en manos de brutales señores de la guerra, incapaces de ponerse de acuerdo y dispuestos a combatir por sus ruinas hasta la desintegración total. Un diplomático estadounidense dijo con fina ironía y mucho sarcasmo: “ En América Latina, los guerrilleros llevarían mucho tiempo sentados en la presidencia”.

Lo que no consiguieron las hordas de Gengis Khan, los zares rusos, los colonialistas británicos o los imperialistas soviéticos lo han estado haciendo los propios afganos durante los últimos quince años: destruir el país hasta el punto de que el arquitecto más hábil sea incapaz de reconstruirlo de las cenizas.

Durante los cuatro años que separaron la caída en 1992 de Mohamed Najibula, el hombre de Moscú en Afganistán, y el control de la capital y de la mayor parte del país por la milicia taliban en septiembre de 1996, al menos cinco fracciones armadas hasta los dientes lucharon calle por calle por la Kabul hasta reducirla a un montón de ruinas en las que durante casi una década hubo millones de minas escondidas que mutilaron o mataron a miles de sus habitantes.

Gulbudin Hekmatyar, conocido como el “Jomeini afgano”, recibió siempre un trato preferencial por parte de Estados Unidos y sus aliados en la zona, Pakistán y Arabia Saudita. El antiguo estudiante que se dedicaba a tirar lejíja a las mujeres que se paseaban desprovistas del chador por las calles de Kabul en los años setenta, motivo por el que fue encarcelado, se había convertido en un respetable jefe de una codiciosa y radical fracción islámica a la que los miembros de la coalición antisoviética engordaban con armas sin importarles su intransigencia y su incapacidad por llegar a acuerdos de gobiernos con los otros jefes islámicos.

Los enfrentamientos armados durante varios años entre el pastún Hekmatyar y el líder tayiko Ahmad Massud provocó alianzas de todo tipo entre grupos armados y señores de la guerra que amparaban los intereses de etnias minoritarias como los uzbekos y los hazaras chiitas.

El más beneficiado de esta estrategia fue otro criminal de guerra, el general Rashid Dostom, sanguinario miliciano de origen uzbeko, dueño de un ejército formado por miles de mercenarios. Prototipo del transformista afgano, fue aliado del régimen comunista tras la salida de los soviéticos, aceleró su derrumbe al aliarse con Massud y luego se alió con Hekmatyar. Y hoy es uno de los hombres fuertes del gobierno títere de Estados Unidos en Kabul, dirigido por Karzai.

Durante aquellos de turbulencia y muerte, muchos soldados de Alá regresaron a sus casas o se trasladaron a otros escenarios bélicos como Argelia, Bosnia, Chechenia, Filipinas o Indonesia. Pero otros se quedaron, se aliaron con los cada vez más fanáticos cabecillas afganos y les ayudaron a capturar el poder. Con los talibanes se fortalecieron y comenzaron a pergeñar una gran venganza.

Estados Unidos creyó que cerrando las vías de financiación se aseguraba la muerte de aquellos mercenarios sin escrúpulos. Pero el dinero fluyó por otras canalizaciones y permitió solidificar las estructuras de un ejército que se había quedado sin causa aunque muy pronto encontró nuevas justificaciones para seguir el combate.

El resto es un cuento macabro sin fin cuyas consecuencias fueron conocidas por los incautos estadounidenses el 11 de septiembre de 2001 y que, desde entonces, ya ha golpeado a miles de personas en decenas de países. No hay duda de que la hidra asesina nació en Afganistán. Pero, en su creación, participaron gustosamente quienes ahora la combaten en Irak.

La guerra, como también la posguerra, es un gran negocio. Puede que haya una proporción estrecha entre beneficio y dolor porque el río de los dólares acaba entremezclándose con el de la sangre. Sin negocios quizá no habrían guerras. Pero con guerras siempre hay negocios.

Hace un año, poco antes de empezar el conflicto de Irak, varias empresas estadounidenses pujaron por el botín de la reconstrucción. Las relaciones, tan estrechas como obscenas, entre el gobierno de George W. Bush (y también de anteriores presidentes) y las grandes corporaciones multinacionales simplificaron los contactos.

“Los 10 contratos de la posguerra más jugosos fueron a parar a las compañías en las que trabajaban o habían trabajado altos funcionarios del gobierno o directores con fuertes lazos con congresistas”, denunció en octubre de 2003 el Centro para la Integridad Pública, una entidad independiente, con sede en Washington. Los contratos se adjudicaron sin concursos públicos. El informe señaló que “ninguna agencia supervisó el proceso de adjudicación a estas empresas, lo que muestra cuán vulnerable es el sistema de contratación”.

Mientras los primeros aviones alfombraban de bombas el territorio iraquí, estas grandes multinacionales, que mantienen una nebulosa de empresas subsidiarias y fantasmales para evadir la ley y también el pago de impuestos, impidieron que empresas de otros países pudiesen acceder a la gran tarta que se estaba negociando. Gran Bretaña, Italia y España, entre otros, fueron excluidos de la primera ronda a pesar de que estaban apoyando el ataque contra Irak en las instituciones internacionales.

Halliburton, segunda empresa del mundo en servicios para grandes firmas petroleras, se convirtió pronto en la gran beneficiaria de la reconstrucción de Irak. A través de su filial Kellog, Brown y Root, logró contratos ventajosos por valor de 5.000 millones de dólares para reparar y modernizar la infraestructura petrolera del país ocupado. También se benefició con otros contratos para suministrar servicios variados a las fuerzas estadounidenses, incluido el carburante necesario para movilizar y transportar las divisiones. En total, ha establecido contratos que superan los 10.000 millones de dólares.

El actual vicepresidente de Estados Unidos, Dick Cheney dirigió Halliburton entre 1995 y 2000, puesto que abandonó poco antes de presentarse a las elecciones haciendo cartel con Bush. Desde entonces, el 95% de las contribuciones electorales de este monstruo de los negocios han ido a parar a las arcas del Partido Republicano, según una investigación de The New York Times. El diario también ha descubierto que el conglomerado tiene oficinas en Bermudas, Islas Caimán, Trinidad y Tobago, Vanuatu, conocidos paraísos fiscales. Aunque Cheney no mantiene relaciones formales, sigue cobrando de su ex empresa un millón de dólares anuales.

Durante el 2003 se han descubierto gravísimas anomalías en la contabilidad de los negocios en Irak de Halliburton y sus filiales. En enero se supo que el gobierno estadounidense estaba pagando a la empresa subsidiaria el doble de su valor por cada galón de gasolina importado desde Kuwait. Hasta octubre la empresa había obtenido unos beneficios de 60 millones de dólares por este concepto. Los buenos dividendos han continuado desde entonces a razón de otros 20 millones mensuales. También ha estado cobrando precios abusivos por los alimentos que recibían los soldados estadounidenses

desplegados en Irak y otros seis países, tal como ha podido demostrar el diario conservador The Wall Street Journal. Los demócratas han afirmado que Halliburton es un ejemplo de “cómo compañías partidarias del gobierno de George W. Bush aprovecharon la guerra para obtener ganancias”.

A mediados de este mes, Halliburton reconoció ante auditores del Pentágono haber entregado el año pasado un presupuesto erróneo de 2.700 millones de dólares en servicios a soldados estadounidenses en Irak y Kuwait, según documentos difundidos por el Departamento de Defensa. La facturación estaba inflada con unos 1.000 millones de dólares de contratos inexistentes o que habían sido suspendidos meses antes.

Pero lo más grave se ha descubierto recientemente: La empresa hizo negocios con Irán, Libia y el Irak de Sadam Husein, tres países acusados de fomentar el terrorismo por el gobierno estadounidense, mientras era dirigida por Cheney. Actualmente, hay abiertas investigaciones por posibles delitos en el Congreso, en los Departamento de Justicia y Tesoro y la Comisión de Valores. El escándalo podría obligar a Cheney a abandonar la candidatura a la vicepresidencia como acompañante de Bush para las elecciones estadounidenses que se celebrarán en noviembre.

La empresa ha podido violar las leyes que prohíben mantener relaciones comerciales con países que estimulan el terrorismo, según el baremo utilizado por el gobierno estadounidense. Según la investigación, Cheney ya era consejero delegado de Halliburton cuando vendió equipos petroleros a los tres países. Algunos de estos equipos se podrían haber utilizado para desarrollar armas nucleares.

“Seguro que hay otras razones, pero el petróleo es la fuerza que más impulsa a esta guerra”, escribió el Premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, poco antes de empezar el conflicto de Irak. Las guerras modernas (también las antiguas) se hacen por razones económicas y estratégicas. En contadas ocasiones, una intervención armada ha asumido motivaciones quijotescas. Si las grandes potencias tuviesen sentimientos y sufriesen por el dolor del mundo, sólo en la última década hubieran guerreado en Ruanda (casi un millón de muertos), en Congo (dos millones de muertos), en Sierra Leona y Liberia

(250.000 muertos), Afganistán (500.000 muertos hasta el 10 de septiembre de 2001). La lista es interminable.

Estados Unidos y los actores secundarios de la guerra atacaron Irak porque es una esponja de oro negro que puede dar dividendos incalculables en los próximos años. Como escribió Mariano Marzo, catedrático de la Universidad de Barcelona, “el control del petróleo iraquí significará el contrato del siglo para las multinacionales”. Porque Irak es uno de los graneros petrolíferos del mundo y su mapa físico está plagado de puntos donde perforar.

Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de petróleo iraquí? Hablamos de la segunda reserva del mundo, 115.000 millones de barriles, poco menos de la mitad que Arabia Saudita, en el más conservador de los cálculos, aunque otras estimaciones varían esta cifra entre 250.000 millones y 330.000 millones (según un informe reciente de la compañía británica Bayphase Ltd).

Eso supondría entre el 20 y el 25 por ciento de las reservas mundiales. También hablamos de ocho billones de metros cúbicos de gas. Pero sobre todo hablamos de un costo de producción de los más bajos del mundo. El especialista de Le Monde, Jean Pierre Tuquoi, afirmaba que el coste por barril es de 50 a 75 centavos de dólar frente a los 2,5 dólares que vale el de Arabia Saudita.

Antes de la invasión de Kuwait de agosto de 1990, Irak producía diariamente 3,5 millones de barriles. El embargo internacional decretado tras expulsión del emirato redujo sus exportaciones a 300.000 barriles diarios. Hasta 1997, ya bajo el acuerdo de intercambio de petróleo por alimentos decretado por el Consejo de Seguridad de la ONU, Irak no pudo alcanzar el millón de barriles aunque un año después dobló esa cantidad. Las cifras variaron entre 2,3 y 2,8 millones de barriles diarios hasta poco antes de la guerra. La mayor parte del petróleo iraquí, comprado por compañías rusas y de otros países y luego revendido a las multinacionales estadounidenses, se consumió en Estados Unidos a pesar de la enemistad manifiesta. Supuso el 4% de las importaciones de petróleo durante los años anteriores al último episodio bélico.

Aunque Irak trabaja con técnicas de prospección y bombeo de los años sesenta y apenas ha habido cambios desde que el petróleo fue nacionalizado en 1972, los expertos consideran que podría alcanzar pronto los 3,5 millones de barriles, la misma cantidad que produce la vecina Irán. Y llegar a los 4,5 millones en 2008 con costosas inversiones (se ha calculado en 15.000 millones de dólares) aunque fácilmente recuperables por su gran rentabilidad, siempre que se respeten los niveles de producción.

El último año no ha sido el mejor posible. Sadam Husein y sus huestes no incendiaron los pozos como habían amenazado y como hicieron cuando huyeron de Kuwait en 1991. El temor a una estrategia de tierra quemada no se cumplió. Pero desde que empezaron las andanzas de la resistencia armada en mayo de 2003, los ataques contra los oleoductos se han multiplicado hasta el extremo de que se han interrumpido las exportaciones de crudo.

El Irak de la posguerra tiene mucho que ver con un gran fuego provocado. El ejército estadounidense y decenas de miles de guardias privados han sido incapaces de evitar los sabotajes. Y el procónsul Paul Bremer ha tenido que desviar cantidades ingentes de dinero para proteger los yacimientos y, sobre todo, los oleoductos.

El profesor Mariano Marzo también plantea otro gran cisma en Irak: la pérdida de poder de las compañías estatales, dueñas de las reservas que nacionalizaron en décadas pasadas, pero carentes de la tecnología y el dinero para aumentar la producción.

La privatización del petróleo iraquí sería recibido como un gran éxito por las grandes multinacionales estadounidenses, dueñas de la maquinaria y de los técnicos necesarios para enfrentar una gran modernización de toda la industria petrolífera.

George W. Bush promulgó el 22 de mayo de 2003 una orden ejecutiva presidencial para blindar la actuación de las corporaciones petrolíferas estadounidenses en Irak. Cualquier futura reclamación será recibida como “una amenaza a la seguridad nacional y a la política exterior de Estados Unidos” y cualquier proceso judicial “deberá ser considerado nulo”, sea bajo el derecho internacional o la propia legislación civil y penal estadounidense. De esta

manera, ningún futuro gobierno iraquí podrá pedir compensaciones por daños o perjuicios.

Tom Devine, director del Proyecto de Responsabilidad de Gobierno, una entidad independiente sin ánimo de lucro, afirmó a mediados de julio 2003 que esta iniciativa del gobierno “daba licencia para que las multinacionales saqueen impunemente el país”. Unos días antes, Paul Bremer anunció en Bagdad su firme determinación en privatizar por completo la totalidad de la industria petrolífera.

Según el conservador The Wall Street Journal, una empresa estadounidense llamada Bearing Point Inc. recibió en febrero de 2003, un mes antes del inicio de la guerra, el encargo de diseñar “un programa de privatización del sector público iraquí” con el objetivo de cerrar las empresas menos rentables y vender las más rentables, incluidas las vinculadas al sector petrolífero, a las multinacionales estadounidenses.

Libertad, democracia, ciudadanos, derechos humanos, lucha contra el terrorismo, conceptos devaluados y sin sentido cuando se impone el mapa del tesoro. Parafraseando al profesor Stiglitz, podríamos decir: “A nadie le interesa las otras razones, si es que alguna vez las hubo”. Sólo el petróleo en el hogar del oro negro.